

Cuando postrado al pié de los altares,
 Y de rubor cubierto tu semblante,
 Estreches en tu mano torneada
 La sacrilega mano de tu amante;
 Convierte, sí, tu célica mirada
 Al ángulo de lóbrega capilla,
 Y si ves como imagen evocada
 Una sombra en el muro reclinada
 Al fulgor de la lámpara amarilla;
 Y si escuchas el rápido latido
 De un corazón que de amargura estalla,
 Y si llevan los vientos á tu oído
 El sofocado y lúgubre alarido
 De un sér que lucha en infernal batalla;
 Piensa que tú engendraste su tormento,
 Que conocer le hiciste la venganza,
 Y apagando la luz del sentimiento,
 Marchitando su noble pensamiento
 En sepulcro trocaste su esperanza.
 Recuerda que mi vida envenenaste,
 Que en el abismo del dolor me hundiste
 Y á perpetuo llorar me condenaste,
 Y á maldecir del cielo me enseñaste,
 Y mi alma en los infiernos sumergiste!



HIJAR Y HARO (JUAN B.)⁽¹⁾

EN LA PLAYA DEL MAR

A mi distinguido amigo Ramón Miravete

¡Junto á la negra tempestad del alma
 Qué son las tempestades de ese mar!
Aurelio L. Gallardo.

¡Silencio y soledad!... ¡No hay un testigo
 De mi acerbo sufrir!... ¡Proscrito voy!
 ¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
 Que el bardo ausente de la patria soy!

En el misterio de la noche bella
 Que convida en su sombra á meditar
 Vengo á decirte adiós, pálida estrella,
 Ahora que duerme sosegado el mar.

En su inmenso cristal, límpido y terso
 Miro á tu luz dormir la creación:
 Un templo es de tristeza el universo
 Y el silencio del mundo una oración.

El ala de la brisa pasajera
 Del cielo corta el estrellado tul,
 Y las ondas que bañan la ribera
 Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
 Presagia con su aullar la tempestad:

(1) El doctor D. Juan B. Hjar y Haro, reside en Madrid desde hace cinco años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Legación de México en España.

Abre el abismo su tremenda boca
Y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela
Ni un faro en la extensión se ve lucir:
Es la noche callada que revela
El misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje
Colores dan al mágico pincel,
Ni mente en su espejismo el oleaje
De la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas
Se agita el mar con lenta convulsión:
Le pesan de su sueño las cadenas;
Le falta el arrullar del aquilón.

Tendido y solitario, en lo infinito,
Es del mundo la losa sepulcral:
Su destino de muerte lleva escrito
En la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan
Y rasgan de las sombras el capuz...
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan
De la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales
Huyen, tal vez, transidas de pavor,
Mientras que yo entre rocas y arenales
Vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se estremece, el viento brama;
El abismo retumba por doquier,

Y con penachos de verdosa llama
Los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado fondo las corrientes
Se levantan luchando con fragor,
Como crinadas y ásperas serpientes
Que engendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se oscurece y quedo á solas
Viendo las trombas en el ponto hervir,
Y levantarse cordilleras de olas
Del huracán al bárbaro rugir.

Zumba el áustro, y en ráfagas violentas
Entre las nubes y el abismo va...
¡Debajo de esa losa de tormentas
Cuántas tumbas, oh Dios, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría
Y en piélago sin fin se va á perder...
Envuelto estoy del orbe en la agonía
Y voy con cuanto existe á perecer.

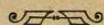
¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte
En medio del naufragio universal:
Aquí tranquilo me hallará la muerte...
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos,
Que hermoso el mundo me parece así:
Tinieblas y relámpagos violentos,
Siempre al proscrito encontraréis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella
Sus alas, tempestuoso, el aquilón,

Rompe las nubes, tú, cándida estrella,
Y escucha, allá en los cielos, mi oración.

Mas... todo torna á recobrar la calma:
Torna la blanda brisa á suspirar...
*¡Junto á la negra tempestad del alma
Que son las tempestades de ese mar!*



RECUERDOS DEL HOGAR

Sobre mi hogar la muerte
Bate sus negras alas,
Y las lechuzas con siniestro augurio
En el vecino campanario graznan.

Antonio Luis Carrión.

Pues lo queréis amiga, y el recuerdo
Es una flor que el corazón perfuma,
Escuchad una historia, aunque se pierda
De las viajeras olas en la espuma.

Tal vez así con mis suspiros vaya
Mecida en los escollos de los mares,
Feliz buscando la remota playa
Donde canté, con arpa entristecida,
Eterno adiós á mis benditos lares.

.....
Yo era feliz; mas bárbara la suerte,
Con descarnada faz, llamó á mi puerta:
—¿Quién sois? le pregunté:—«Yo soy la muerte,»
Respondióme al oído;
Y al volver hacia atrás la vista incierta,
Dejó en mis brazos á mi madre muerta.

Las flores se secaron en el huerto;

Los árboles perdieron su verdura;
De las pintadas aves
Enmudeció el concierto;
Y entre las ondas de la fuente pura
Corriendo ví, con lágrimas de sangre,
Gota á gota la hiel de mi amargura...

La ermita, el cocotero, el lago, el soto,
El árbol de la siesta, en el verano,
La roca del pastor, el puente roto,
La paloma que cruza por el llano,
Con profunda y mortal melancolía,
Todo «adiós» me decía.

¡Qué horrible soledad la de ese mundo
De inanimados séres!...
¡Qué silencio tan hondo!
Al marcar el reloj cada segundo
Se hunde un siglo de llanto y de placeres
Allá en la eternidad sin luz ni fondo.

¡Cuán triste estaba el valle!
¡Cuán triste la alameda!
La solitaria calle
De palmas y cipreces... la sauceda
¡Cuán triste, oh Dios, cuán triste
Para el que sólo queda!

Bajé de una colina:
Visité su aposento
A la luz mortecina
De lámpara medrosa;
Me arrodillé un momento;
Besé su crucifijo,

Y dije con dolor:—Madre amorosa,
 ¿Quién regará de lágrimas tu losa
 Si te deja en la tumba
 Para siempre ¡gran Dios! tu propio hijo?—

De mi mansión querida
 Cerré la puerta, que al Oriente daba,
 Y llorando besé la cerradura,
 ¡Ay! porque allí dejaba
 De cuanto amé en la vida
 La piadosa y bendita sepultura...
 Así apuré la copa del tormento
 Y me alejé vagando á la ventura
 En mi tordo ligero como el viento.

De innúmeras montañas
 Dejé detrás las cumbres peñascosas
 Al son del viento, que en flexibles cañas,
 Añosas ceibas, y gigantes cedros
 Desgarraba sus alas tempestuosas.
 Llegué á la playa de los hondos mares
 Y dije adiós á mis paternos lares!

Un soberbio vapor, *El Siglo de Oro*,
 Alzado sobre el mar como un palacio,
 En el tranquilo puerto me esperaba,
 Y haciendo rumbo en el marino espacio
 A hender la inmensidad me convidaba.

Miré la costa, la empinada sierra,
 Y el patrio suelo, en lágrimas fecundo,
 Porque los restos de mi madre encierra,
 Porque dejaba, con dolor profundo;
 Bajo el yerto sudario de la tierra
 Su corazón tan grande como el mundo.

¡Hijo del infortunio y los pesares,
 Al son de flautas de oro,
 Adiós, en triste y concertado coro,
 Canté en el arpa á mis benditos lares!

El mar me recibió: sobre su espalda
 De montañas hirvientes,
 Tendió mi nave su vistosa falda
 De ondas, espumas, conchas y corrientes.

En su lecho de abismos y de rocas
 El gigante Pacífico dormía;
 En las tinieblas de sus negras bocas
 La eternidad tremenda se veía,
 Y de su seno sin medida ni horas
 Una tabla no más me dividía.

Allí pasé mis solitarias noches
 Mecido en brazos de la instable suerte;
 Y bogando y bogando, en mi abandono
 Ni amé la vida ni llamé á la muerte...
 ¡Y atravesé los mares
 Cantando adiós á mis ausentes lares!

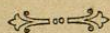
Era una madrugada;
 La bruma entre oro y púrpura lucía
 Como ilusión en sueño acariciada,
 Y en el marino espejo,
 Que en perlas y diamantes se partía,
 La luz multiplicada
 En cada ola retrataba un día.

De gaviotas blanquísimas el cielo
 Brillante se pobló como se puebla
 La memoria de almas,

Que en cariñoso vuelo
Nos siguen en la sombra de la niebla.

—«¡Tierral» gritaron todos, y al instante
Tronó el cañón que saludaba el puerto;
Y el espléndido sol, en el Levante,
Alumbró de concierto
La ciudad, las montañas y el desierto.

Tremoló el pabellón de las estrellas, (1)
Entre cien banderolas,
Que empavesaron con belleza suma
Al gigante vapor entre las olas,
Sobre los campos de nevada espuma...
¡Allá dejé los procelosos mares,
Y dije adiós á mis ausentes lares!



DESCANSA EN PAZ!

Una tumba, un recuerdo, algunas flores
Y un nombre... ¡el más querido!
Es lo que resta al huérfano en la tierra
Mientras baja á la tierra del olvido.
El mundo, la grandeza, la alegría...
¡Palabras sin sentido,
Borradas ya de la memoria mía:
Borradas para siempre,
Porque la flor de un sueño de esperanza
Que la muerte nos trunca
Dicen que no retoña nunca... nuncal

Yo lo sé por mi mal: hubo una hora
En que la luz en que encendí mi vida

(1) El pabellón americano.

Quise mirar, como se vé la aurora,
Y estaba ya extinguida.

Quise volverle su amorosa llama,
Con el beso arrancado á mi martirio,
Y herido el corazón, partido en trizas,
Aprendí en mi delirio
Que el soplo de la vida no se vuelve
A un montón de cenizas...
¡Mi padre ya no existe:
Es la única verdad... verdad muy triste!

Mi dicha, mi consuelo,
El bien que más amaba
Me dijo amante, al remontarse al cielo,
Que tranquilo en el cielo me esperaba.

Yo recuerdo aquel rostro, aquella frente
Que en áticos perfiles de alabastro
Reflejaba la luz indeficiente
Del sol del pensamiento como un astro.

Y aquel aire sereno
Que en las amargas pruebas del destino
Ostentaba ¡tan bueno!
Aunque fuera de espinas su camino:
¡Ay, siento el corazón al recordarlo
De amor y orgullo y bendiciones lleno!

El alto ejemplo de mi padre doma
La obscura inmensidad de mi tormento,
Cuando recuerdo que era
En el tranquilo hogar una paloma
Y en el peligro un águila en el viento.

Nunca llamó á su puerta el desgraciado
Sin que hallara en su mesa el pan bendito
Que siempre dió su techo al desterrado
La paz, la libertad y la esperanza
Que busca en todas partes el proscrito.

Por eso al emprender su eterno vuelo
Ni una sombra anubló su frente pura:
Al abrirse á sus pies la sepultura
Abrió á sus ojos la esperanza el cielo:
¡Miró á sus hijos, se entregó á la suerte
Y se durmió en los brazos de la muerte!

Desde entonces ¡Dios mío,
Cuánto lloro por él, cuánto he llorado:
Si tuviera de lágrimas un río
Ya se hubiera agotado:
Como el mundo sin él sigue vacío
Sigo hasta el fin en lágrimas bañado!

Quiero olvidarle á veces ¡qué demencia,
Cuando siento, en mi sér, su sér impreso!
¡Si esta que arrastro lánguida existencia
Nació de entre sus brazos en un beso!

Si pudiera olvidarle ¡qué sería
De la dicha que siento al recordarle?
¡Luchando entre recuerdos moriría
Sin poder olvidarle!

¡Ay! el pesar que el corazón embarga
Es saber, por mi mal, que ya no existe.
¡Dolorosa verdad, verdad amarga,
Más triste que la muerte, sí, más triste!

Yo ví espirar en angustioso día
A mi amorosa madre,
Después á la hija mía:
No le bastó á la suerte... ¡suerte impial
Y me robó á mi padre!...

Desde entonces errante y sin consuelo
Exclamo, á solas, con dolor profundo:
¿Qué resta al corazón en tanto duelo?
¡Tres tumbas en el mundo!
¡Tres almas en el cielo!

Á UN LUCERO

A mi inspirado amigo Manuel M. Flores

¡Atrás, atrás magníficos salones,
Música, baile, cantos del festín;
Irritado huracán de las pasiones,
Dejadme solo delirar sin fin!

Dejadme delirar: busco el misterio,
El bosque, el templo, el solitario mar,
La calma del sepulcro, el cementerio,
La lámpara que alumbraba en el altar.

¡Allá lejos de mí... quedad aparte
Sueños de amor y mundanal placer!
Genios del siglo espléndido en el arte
¿Dónde la dicha está de nuestro sér?

¿Dónde el secreto encanto del deseo
Que hace la gloria humana presentir?

¿Es un mundo que engendra el devaneo
Y que transforma en humo el porvenir?

Vuelvan á mí los cándidos hechizos
De mis hermosas noches de ilusión,
Cuando de Laura en los sedosos rizos
Volaba enamorado el corazón.

Volvedme; pero... ¡qué!... ¡Bastardo empeño!
¿Quién vuelve la inocencia y la virtud?...
¡Sueño es la dicha, la esperanza sueño,
Sólo es verdad eterna el ataúd!

Allí los aires con aplauso atruenan
Tal vez soñando la ventura hallar;
Allá las arpas de la fiesta suenan,
Aquí bramando se revuelca el mar.

Suenan las arpas ¡ay! mientras rebosa
En mi sediento labio amarga hiel:
¡Música de tristeza dolorosa...
Para pintar tristezas no hay pincel!

Allí entre palmas, flores y banderas
Ostentan cien fanales su esplendor:
Allá en el campo azul de las esferas
Rueda en silencio el astro de mi amor.

Cuántas noches de Laura entre los brazos
Su luz tranquila resbalando ví,
Entre los dulces inocentes lazos
Que para siempre, por mi mal, rompí...

¡Oh, tú, blanco lucero de la aurora,
Tú que miras mi amargo padecer,

Ven y con sombras pálidas colora
El recuerdo infeliz de esa mujer!

Es verdad que la amaba: en desvarío,
La dí como un pagano adoración;
Siempre para ella tuvo el labio mío
Palabras de ternura y bendición;

Mas vino á mí la realidad traidora
Y al viento dí, sin compasión, la fé...
¡Cuánto la dicha, oh Dios, cuánto se llora,
Cuánto se llora cuando ya se fué!

Si he de vivir así, muriendo sólo,
Si á Laura dije para siempre adios,
¡Por qué insensato la existencia inmolé
De un quimérico bien corriendo en pos!

En profundo abandono y desencanto
Siento mi vida lánguida correr:
El alma triste sumergida en llanto
Deja sus alas con dolor caer.

Pero hasta aquí: no quiero ya memorias
Que alegre el pecho torne á palpar
El mundo es un serrallo y nuevas glorias
En cada seno volveré á encontrar.

Venid las que sabéis mentir amores,
Ceñid mi frente mustia de laurel;
Fácil así resbalará entre flores
De la existencia el rápido bajel.

Dejad que hiera al viento conmovido
El eco ardiente de viril canción:

Yo busco en vuestros brazos el olvido
De mi mortal verdugo, el corazón.

¡Qué importa el fallo del destino adverso,
Ni qué del mundo hipócrita el desdén!
Al través de una copa, el universo
Es un templo de gloria, es un edén.

Dejadme, por piedad, en dulces lazos,
En vuestro seno férvido morir:
Quiero espirar rendido en vuestros brazos...
¡Dios es amor... la muerte el porvenir!

.....

Vino, caricias, cantos y placeres
Hasta agotar la última ilusión:
Música, baile, angélicas mujeres,
¡Adiós quedad... murió mi corazón!

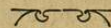
Si la tierra es un mar, triste lucero,
Donde navega el alma combatida,
Al resbalar la barca de mi vida
Tú alumbrarás mi rumbo en ese mar;
Tú alumbrarás en mi camino incierto
Los fúnebres rompientes del bajío
Y al tragarse las olas mi navío
Tú mi postrera luz también serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,
De infantiles delirios y alegrías;
Aire de aquellos venturosos días
Último beso del materno adiós...
Pero ¡qué son, qué son esos recuerdos!
¡Humo fugaz de la extinguida glorial
El presente es la tumba de una historia

Que creimos eterna en la ilusión.

Blando concierto de sentidas flautas
Regios salones, mágicos espejos,
Quedad del alma para siempre lejos,
Que á mí me lleva á la ventura el mar.
Primaveral mañana de mi vida;
Aurora de mi sér, siempre risueña...
¡Cuán triste es despertar cuando se sueña
Del Paraíso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,
Abrí los ojos y lloré despierto...
¡Por qué si llevo el corazón ya muerto
Despierto en el erial de la razón!
Partióse la visión de los encantos,
Y emblanqueció su sombra mi cabeza...
¡Ay, en mis horas de mortal tristeza
A tí me vuelvo, Omnipotente Dios.



ITUARTE (RICARDO)

MUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada cítara
¿Por qué se exhala un canto,
Y entre cipreses fúnebres
La voz triste levanto,
Y siento ardientes lágrimas
Mi faz mústia surcar?

Mi vista en vano túrbida
Te busca en hondo anhelo
Cual busca el puerto el náufrago

En sofocante duelo,
Entre las olas móviles
Del encrespado mar.

Cuando entre gualda y púrpura
El sol muere tranquilo,
Vengo con paso trémulo
A tu postrer asilo,
Y dá rienda mi espíritu
A su íntimo pesar.

Si, vengo al asilo único
Do el sueño no es un sueño,
Y en ademán terrífico
Con torvo adusto ceño,
Mira el dolor impávido
A la virtud llorar.

Entonces ¡ay! paréceme
Cuando mi voz te nombra,
Que tu huesa, súbito
Levántase tu sombra,
Y tu palabra mágica
Pienso en torno escuchar.

Mi pecho entonces férvido
Suspira, goza, gime,
Por contemplarte, ávido;
Mas siento que se oprime
Al ver que es sueño efímero
Tan dulce delirar.

Si á esfera más vivífica
De Dios la mano augusta
Alzó tu inmortal ánima,

¿Por qué á mi pecho asusta
Tu ausencia, si benéfica
La muerte es al mortal?

Si, que á su saña indómita
Se cambia el sér, no muere
Que el Dios eterno y máximo
Que nos ama y nos hiere,
Principio dá y no término,
A cuanto existe ya.

Al contemplar el piélago
Inmenso del vacío
Poblado de astros fúlgidos,
El pensamiento mio
Te cree y en otra próspera
Región de bienestar.

Tal vez allí la acérrima
Envidia vil no existe,
Ni son plantas estériles,
De que el orbe se viste,
La hermosa virtud célica
Y la santa amistad.

Tal vez allí el fatídico
Clamor de la amargura,
Sarcasmo no es que, pérfido,
Jamás el mundo cura,
Ni el bueno será víctima
De la negra maldad.

Sin duda allá en la incógnita
Mansión que feliz huellas,
Tu frente se alza cándida

Ornada con estrellas,
Como la noche lóbrega
Del seno de la mar.

¡Ay! cual las flores tímidas
Que nacen con la aurora,
En cuyos frescos cálices
Sus blancas perlas llora,
Y esencia esparcen lánguidas
Del céfiro al rumor.

Así tus tiernos vástagos,
Amor de tus amores,
Al contemplarte exánime,
Como las bellas flores,
Te dieron en sus lágrimas
La esencia de su amor.

¡Oh, Dios! tu esposa lívida,
Clamando, á tí se lanza,
Cual si quisiera ¡miseral
Asir de la esperanza
El ángel que, purísimo,
Tus pasos siempre guió.

¡Mas, ay! en vuelo aljero
Remóntase hasta el cielo,
Y á tu consorte trémula
Deja, presa de duelo
Entre las garras bárbaras
De tétrico dolor.

¿Do estás? ¿en qué magnífica
Región excelsa moras?
Ya de otra vida plácida,

¿Acaso las auroras
En cielos más espléndidos
Surgir, dichoso, ves?

Y cuando á mi alma el cúmulo
Viene de amarga pena,
Y en llanto acerbo, insólito,
Mústia mi faz se llena,
¿Desciende tu almo espíritu
En torno de mi sér?..

Yo pienso entre los nítidos
Destellos de los astros
Que brillan melancólicos,
De tu alma ver los rastros
Que surca allá en los piélagos
De la alta inmensidad.

Y pienso, entre los pálidos
Rayos de la callada
Luna, ver que á mí rápido
Desciendes, y tu amada
Voz, como una aura armónica
Paréceme escuchar.

.
.
De jaspe, y oro, y pórfido,
Levanta el hombre insano
Magníficos alcázares;
Mas ¡ay! en polvo vano
Los torna el tiempo indómito,
Sus alas al mover.

No así su ala terrífica

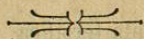
Destruye la memoria
Del hombre que, magnánimo,
Fundó su eterna gloria,
En derramar solícito
De caridad el bien.

Sí, que á tu yermo túmulo
De sáuces coronado,
Vertiendo dulces lágrimas,
El pobre abandonado,
Llega, por tí, al Dios pródigo
De hinojos á implorar.

El pobre, sí, á quien pródiga
Pan le tendió tu mano,
Y el desvalido huérfano,
La virgen y el anciano,
Que en esta tierra mísera
Hubieron tu piedad.

Levántate: oye plácido
Las santas bendiciones
Que envueltas en mis cánticos
Te dan sus corazones;
Después... cierre tus párpados
El ángel de la paz.

Sí, duerme: no los mármoles
Te dan renombre y gloria;
Tus hechos, de los pósteros
Serán en la memoria,
Cual tu recuerdo, férvida
Bendice mi amistad.



LERDO (FRANCISCO DE A.)

MI CULTO

Cuál es mi Dios, me preguntas,
Y cuál la fé que me alienta,
Cuál es el culto de mi alma,
Y cuáles son mis creencias.

¡Mi Dios! substancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia:
Allí la fé que nos rige,
Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa.

Por culto del alma, tengo
La memoria siempre nueva
De la mujer más amada,
De mi madre, que ya es muerta.
¡Mi madre! Cuán amoroso
Voz que formó al hijo un cielo
Y al hombre legó una idea.
¡Perdóname! Era mi madre
Tan cariñosa, tan buena,
Que cuando de Dios te hablo,
Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste
Que guardo como creencia,

Y esta es la verdad que nace
 Cuando terminan las penas.

~~~~~  
**A LUZ**

¿Por qué tan temprano llegan  
 Las aves á mi ventana,  
 Y con su canto pretenden  
 Quitar el luto á mi estancia?  
 ¿No saben que en esta fecha,  
 Que es tanto para mí grata,  
 Estoy solo con mi duelo,  
 Y solo con mi desgracia?  
 No advierten que de tinieblas  
 Circuida tengo el alma,  
 Pues di la luz de mis ojos  
 Por el sol de una mirada?  
 ¿No ven que vivo muriendo?  
 ¿No están palpando mis ansias?  
 No saben que ausente de ella  
 Mi corazón se acobarda?  
 Entonces, ¿por qué dejaron  
 El nido que amores guarda,  
 Y vienen á ver al triste  
 Que llora cuando ellos cantan?  
 . . . . .

Dirijan pronto su vuelo  
 Hacia la tierra lejana,  
 Donde quedó la que adoro,  
 Donde está la que me ama.  
 Y si quieren las caricias  
 De la que es mi soberana,  
 Díganla que las envío  
 Con el recuerdo de mi alma.

**LIZARRITURRI (MANUEL)**

~~~~~  
A JUAN DÍAZ COVARRUBIAS (1)

Cuando por tu saber brillabas tanto
 Y te daba sus lauros Poesía,
 En negra noche, horrenda tiranía
 Secó tus flores y apagó tu canto.

Tu verdugo, mirando con espanto
 Tu cuerpo yerto en la tiniebla fría,
 Proscrito esconde su crueldad sombría
 Mientras aquí te damos culto y llanto.

Cayó sobre tu fosa el cuerpo inerte
 Y el nombre augusto recogió la historia
 Y el pueblo fué á vengarse de tu muerte.

México rinde culto á tu memoria,
 Y eres hoy por tu vida y por tu muerte
 Ídolo de la patria y de la gloria.

~~~~~  
**MONROG (JOSÉ)**

~~~~~  
**A mi amiga Aurora Revilla de Escoto
 en la muerte de su padre**

Sí cabe algún consuelo en tu amargura,
 Si te deja el quebranto

(1) Sacrificado por una facción política el 11 de Abril de 1859.